

Un dedo en las lindes de la nada

Lectura múltiple y contemporánea del *Cantar de los cantares*, más que un relato, un gran sueño erótico de la humanidad, a la luz de la poesía, la mística y la historia.

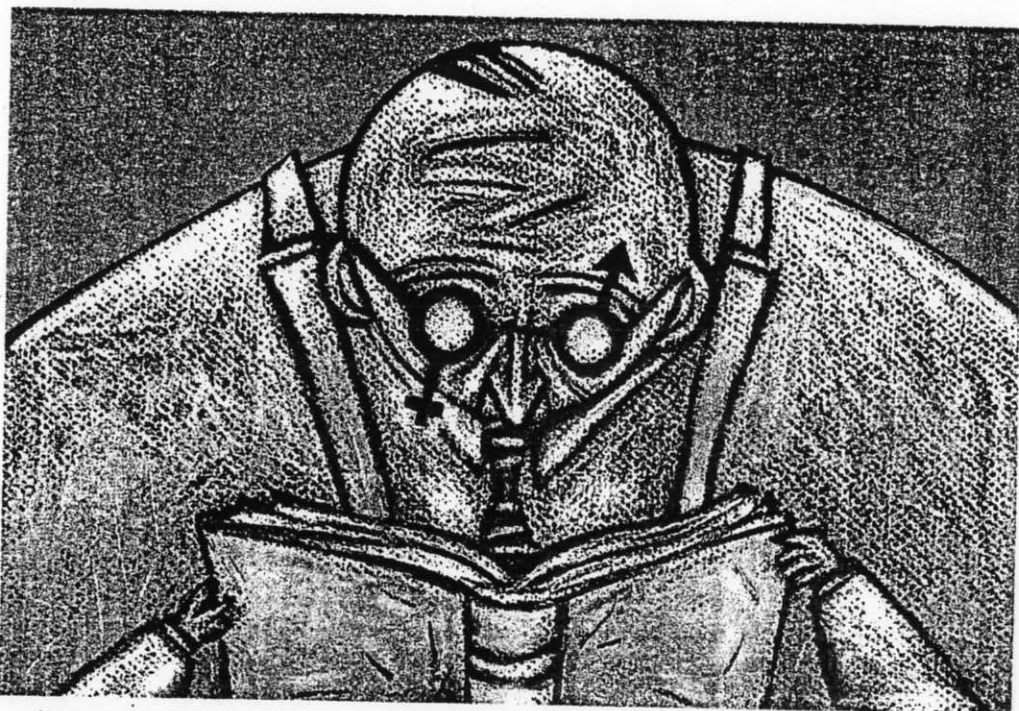
EL CANTAR DE LOS CANTARES

Guido Ceronetti
Traducción de Claudio Gancho
El Acantilado. Barcelona, 2001
181 páginas. 2.280 pesetas

J. ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS

Guido Ceronetti se dio a conocer entre nosotros con *El silencio del cuerpo* (1987), un libro raro, fragmentario y poderoso, que clamaba intelectualmente en defensa del cuerpo. Este comentario al *Cantar de los cantares* es una variación sobre el mismo tema. Incluye dos traducciones del *Cantar* como poema: una que traslada al castellano la maravillosa versión italiana de Ceronetti, y otra directa del hebreo, realizada por Gregorio del Olmo. Ceronetti (Turín, 1927) es poeta, filósofo, traductor y narrador, y es todo eso en cada uno de sus libros. Sus conocimientos griegos, latinos y semíticos lo convierten en el filólogo perfecto: "Sé cómo rescatar un

texto amado". De los falsos filólogos asegura que trocean el texto para conservarlo en el frigorífico. Él se sirve a menudo de la ironía, y casi siempre de la paradoja, quizá imitando a ese "Dios que es más irónico y paradójico que la Escritura". A pesar de los muchos saberes que moviliza (especialmente gnósticos), Ceronetti pone el *Cantar* en su sitio, en la trama infinita de la literatura. Así lo relaciona con Verlaine para determinar los aromas, con Apollinaire para abrir la puerta del sexo. Con el *Corán* para la luz, y con el *Collar de la paloma*, Lull, Dante o Blake para la mística de los cuerpos que se aman en este mundo. En Ariosto descifra la metáfora fálica del estandarte. Y después de todo, la llegada definitiva del *Cantar* la ve Ceronetti en nuestra literatura: en Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. Detecta incluso "una nada contemporánea, castellana, o mejor española, que es grito de artista solitario". Él se muestra como italiano insuperable cuando canta a



Teresa de Jesús en "todo su bamboleo de éxtasis en éxtasis".

El *Cantar* es puro —atención— porque está "absolutamente limpio de rastros de pensamiento". Es "un sueño erótico, no un relato". De esa forma alberga el proceso amoroso íntegro: caricias, felación, penetración, emisiones de líquidos femeninos y masculinos, por no hablar de la masturbación preciosa que desvela: masturbación corporal ("un dedo en las

lindes de la nada") que es espiritual ("el Alma amante de Dios se masturba en soledad"). Hay dos amantes, hombre y mujer, o mejor, dos andróginos que se aman, o un andrógino que se ama a sí mismo, imagen de la divinidad (y también de la humanidad). La corporalidad absoluta de los amantes es una forma de su espiritualidad absoluta. El descanso amoroso alcanza la nada, llega a Dios. En esa idea, que toma de Miguel de Mo-

linos, encuentra Ceronetti la definición del *Cantar* como vacío que ni siquiera el comentario llena. Su lectura simplifica para bien muchas dualidades que siguen agobiando a algunos. Deben leer este libro los que todavía distinguen sexo y amor. Los que hablan de amor reproductivo o no reproductivo. Los que se plantean si Dios es masculino o femenino. Los que se angustian por tener que elegir entre Dios o la nada.